

teloso, y por lo presente un enemigo que, al tiempo mismo que nos arrebatara un Departamento, pone los ojos en los que nos ha de arrebatar mañana. A nadie puede ya ocultarse que la guerra que nos hacen no terminará definitivamente, sino cuando ya no tengamos territorios de que ser despojados. No es, pues, una guerra de límites, es una guerra de existencia para la Nación Mexicana, que se ve precisada á aventurarlo todo para conservar su nombre y su nacionalidad, y probar al Gabinete de Washington, que México podrá ser agobiado y destruido por la guerra que se le hace; pero nunca sometido, y menos reducido por imprevisión ó debilidad á hacer una transacción vergonzosa por cada usurpación: que tiene que hacernos una guerra desastrosa, ó que renunciar á sus conquistas sobre nuestro territorio.

Hemos tomado, pues, las armas por nuestra independencia, por nuestra seguridad y por nuestro honor; y si esto es duro, penoso y terrible, no por eso las dejaremos hasta afirmar nuestra nacionalidad y sus títulos, ó perecer con gloria. Males, y muy graves, podrá hacernos una nación que tiene más recursos que la nuestra; pero sería intolerable y afrentoso el evitarlos á expensas de nuestro honor y de nuestra seguridad futura.

El Gobierno de los Estados Unidos, confiado en la debilidad que supone en nuestra República, y en las sediciones que él mismo fomenta entre nosotros para destruir con ellas todos los medios de resistencia, ha creído que podía hollar sin miramiento todo principio de justicia, y romper todos sus pactos más solemnes para con la Nación mexicana; pero cualesquiera que sean las ventajas de que se enorgullece, México, unido por la energía del Gobierno, por la realidad y crecimiento de los peligros, y por el odio á la invasión extranjera, hará sentir á sus enemigos, que no se ocupan las ciudades en el interior como los despoblados, y que nos quedan medios terribles con que volver daño por daño. El instinto de la defensa será mayor que el de los halagos de la seducción con que se atiza la anarquía para hacernos impotentes por ella; y la Providencia Divina, que siempre protege la justicia, favorecerá, como no lo dudo, la más justa de todas las causas.

El Gobierno mexicano no ha buscado ni provocado los males de la guerra: no pudiéndolos evitar se resigna á ellos; y si ahora opone la fuerza á la agresión, no se rehusará á recibir y á escuchar proposiciones de paz; pero sólo aceptará las que teniendo por base la seguridad del territorio de la República, sean compatibles con el honor nacional.

Palacio Nacional. México, Julio 26 de 1846.—*Mariano Paredes y Arrillaga*.—*Joaquín María del Castillo y Lanzas*, Ministro de Relaciones Exteriores, Gobernación y Policía.

**MANIFIESTO DEL VICEPRESIDENTE DE LA REPUBLICA,  
EN EJERCICIO DEL PODER EJECUTIVO, A LA NACION MEXICANA.**

Llamado por la elección libre del Congreso extraordinario á ejercer el mando supremo de la República, era preciso que me arredrara á la vista de mi pequeñez y de los grandes obstáculos que oponía á la marcha del Gobierno la situación política del país. Invadido éste por el enemigo extranjero; despedazado interiormente por la guerra ci-

vil y las exageraciones de los partidos; agotados sus recursos por la revolución de 35 años; sin leyes fundamentales fijas y permanentes, y amortiguado el espíritu público por la desconfianza de casi todas las clases, no creía posible dar un paso que no me expusiese á cometer errores de trascendencia funesta. Este recelo y el deseo de volver á Veracruz á defender personalmente la independencia é integridad del territorio nacional, me obligaron á renunciar un puesto que jamás he ambicionado. El Congreso no tuvo á bien acoger este acto de desprendimiento patriótico; y estrechado á cumplir las obligaciones de Primer Magistrado de la República, era preciso decidirme á escoger un camino que expeditase en lo posible la marcha de la Administración, y libertase á la Patria de un resultado fatal y vergonzoso.

El nombramiento del Ministerio recayó desde luego en personas cuya reputación se ha conservado sin mancha: se adoptaron como bases de conducta, los principios de justicia, moralidad y economía: y convencido el Gobierno de que el respeto de la confianza y unión de los mexicanos es la primera necesidad de la Nación, trabajó en satisfacerla, adoptando una política justa, franca y conforme á los deseos de los hombres juiciosos y moderados. Inicié al Congreso el que llenase su augusta misión, declarando ser la ley fundamental de la República, la contenida en las bases orgánicas, sancionadas y planteadas ya por la Nación, y que procediese inmediatamente á elegir los Poderes Constitucionales, á fin de que se instalase, según ellas previenen, en principios del año entrante. Hizo más: dió varias autorizaciones, no para sostener la idea de tal ó cual facción ó partido, no para causar males á la sociedad ni á sus individuos, sino para organizar una policía de seguridad en las poblaciones y caminos, para aprehender y castigar con prontitud á los malhechores, para dar reglamentos de colonización, adecuados á las circunstancias del país, para usar de indulgencia, olvidando extravíos de opinión, y, finalmente, para dar protección y fomento á nuestra industria agrícola y fabril.

Esta reunión de pensamientos puestos en ejecución, traería la ventaja de poner término á los temores y sospechas que se han engendrado por las cuestiones suscitadas sobre formas de gobierno; de afirmar entre nosotros el principio seguro, que consagra la permanencia de la ley fundamental; de impedir el mal ejemplo, así como las divisiones y trastornos que causaría la discusión de otra cualquiera, en circunstancias de agitación y penuria; de proporcionar en las mismas bases los medios de mejorarlas en calma y tranquilidad, según lo exigieran la experiencia y las necesidades de los pueblos; de acreditar prácticamente la pureza de intención y miras patrióticas del Gobierno; de reunir, en fin, á todos los mexicanos bajo de un estandarte nacional para que, abandonando cuestiones abstractas, convirtiesen su atención sobre los verdaderos intereses de la Patria, se reanimase su espíritu y volasen á defenderla contra la injusta agresión del enemigo extranjero.

Poseído de estas ideas y ocupado de los preparativos para la marcha del Ejército á la frontera del Norte, mi corazón alentaba la esperanza de que se salvarían muy pronto la integridad del territorio, el honor y dignidad de la República. Mas la Providencia quiere probar todavía en la aflicción á este pueblo sufrido y virtuoso. Cuando estaba todo dispuesto para realizar la expedición destinada al Norte; cuando ya estaba en camino considerable número de las tropas fieles que la componían, y cuando se daba la orden de marcha á la última brigada que debía salir al mando del General en Jefe, una parte de ésta se ha rebelado en la capital contra las leyes, ha desconocido á los Poderes Supremos, y ha desconcertado la defensa exterior de la República, proclamando un plan



que carece hasta de la recomendación de tener un objeto político. El que hoy se tiene es únicamente el de restituir al Poder al General Santa-Anna, y aunque el partido de ese hombre ha llamado en su auxilio á otro no menos destructor, este será después burlado en sus esperanzas, se le condenará aún al desprecio, y sufrirá como otras veces, el yugo que se le quería imponer.

El Gobierno Supremo ha debido reprobear, y reprueba solemnemente, esa rebelión escandalosa; y al verificarlo, cree igualmente de su deber instruir á la Nación de lo ocurrido, para que pronuncie un fallo de justicia. Protesta ante Dios y los hombres, que sus designios han sido única y exclusivamente reconciliar los ánimos divididos, restablecer la paz en el interior, y resucitar el entusiasmo de 1821, para vindicar en nuestros puertos y fronteras el honor del nombre mexicano. La nueva Administración, de tres días que llevaba instalada, no ha tenido ni el tiempo bastante para dar motivo á la revolución: todos son pretextos de parte de los sublevados; y ellos y sus colaboradores, cargarán con el anatema y la execración nacional cuando se sientan los resultados.

¡Mexicanos! El que os habla es un veterano de la Independencia, que muchas veces ha expuesto la vida por vosotros; despertad de ese letargo que degrada vuestro carácter noble y valeroso. Llegue, por fin, el día en que cese para siempre entre nosotros el influjo de los malvados; y sólo así se consolidará vuestra nacionalidad, disfrutaréis de la paz y sosiego, y tendréis leyes, libertad, orden y patria.

Palacio del Gobierno Nacional de México, á 4 de Agosto de 1846.—*Nicolás Bravo.*

#### EL GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO LIBERTADOR REPUBLICANO, EN EJERCICIO DEL SUPREMO PODER EJECUTIVO, A LA NACION.

¡Conciudadanos! Colocado al frente del movimiento que felizmente se consumó en la madrugada de hoy, me creo en la estrecha obligación de daros cuenta de mi conducta, de los movimientos que me decidieron á obrar, y del fin á que se ha dirigido la revolución. Desde que en 1835 fué destruída la Constitución Federal, abandonado el sendero de la ley nos arrojamos sin tino á la tortuosa senda de la arbitrariedad, y caminando á la aventura, sin un faro que nos guiase, hemos tocado al borde de un abismo espantoso, en que está á punto de hundirse nuestra infortunada patria.

Á un sistema ha seguido otro sistema, á una constitución otra constitución, á unas personas otras personas; pero ni los primeros se han levantado sobre bases sólidas, ni las segundas han sentido el sello de la legitimidad, ni las últimas han escapado al funesto contagio del espíritu de partido. Así han imperado siempre las facciones, nunca el pueblo: así han triunfado los hombres, no los principios; así, en fin, hemos tenido mil revueltas, pero ninguna revolución. De aquí ha venido el completo olvido de las leyes, el desorden horrible de la Hacienda, la dilapidación de los fondos públicos, el devorador agiotaje, la desmoralización del Ejército, el completo desconcierto de la Administración, el descrédito en el exterior, la desmembración del territorio, y el riesgo inmenso á que se halla expuesta nuestra nacionalidad. No es esta ocasión de sacar á plaza, uno por uno, todos los hechos que nos han traído al estado presente, ni menos de culpar á un partido y defender á otro; porque sobre no ser de provecho alguno semejante

examen, su resultado no nos daría más que la confirmación de una verdad que todos confesamos en nuestra conciencia; á saber: que todos los partidos han contribuido á la obra de la desgracia pública, y que vencedores unos y vencidos otros, todos hemos sido víctimas, porque las sociedades que formamos, lo han sido siempre; porque siempre ha triunfado una facción y no un principio.

Pero la última revuelta, audaz é imprudente cual ninguna de las que le precedieron, no se contentó como éstas, con la variación del personal del Gobierno y con la ampliación ó restricción de los principios sociales, sino que alzando el ánimo á más altos planes, intentó destruir completamente la organización de la sociedad. Desconociendo de todo punto el carácter, las costumbres, y hasta los vicios de la Nación, quiso, sin hacer caso del tiempo transcurrido desde la Independencia, volver á establecer en México una forma de Gobierno que carece de todos los fundamentos que en Europa le sirven de base. La facción que tal quería, encontró por desgracia el más completo apoyo en el Gobierno de Enero, á cuya sombra desplegó su bandera, y sin guardar ninguna consideración, comenzó á desarrollar y sostener los principios monárquicos, ajando con viles calumnias á nuestros hombres, desvirtuando con la superchería ó el sarcasmo nuestras cosas; y deduciendo de tales antecedentes la consecuencia de que los males del país provenían del sistema republicano, se atrevió á ofrecernos como único remedio la erección de un trono extranjero. Como medio eficaz para llegar al fin, dictó la convocatoria de un Congreso que venía á representar á lo que se quiere llamar aristocracia, y de cuyos senos excluyó con desdén y baldón al pueblo, que en concepto de esos hombres sólo ha nacido para obedecer.

En vano el Gobierno, al instalar el Congreso, quiso retroceder de tan errada senda; en vano el cambio del Jefe del Estado se intentó presentar como una era nueva; en vano el Gabinete de 1º de Agosto pretendió, con su iniciativa del 3, poner un dique al torrente de la opinión que se desbordaba ya contra la Administración oligárquica. En la madrugada del día 4, la Ciudadela dió la voz de muerte, y dos días bastaron para triunfar. Yo, que hoy os dirijo la palabra, veía desde antes el cúmulo inmenso de los males públicos, y no hallé otro remedio que apelar franca y lealmente á la fuente de todo Poder, convocando á la Nación conforme á la ley que sirvió en 1823 para formar el Congreso Constituyente, llamando, además, como General en Jefe, al Excelentísimo Señor Don Antonio López de Santa-Anna, porque su incuestionable prestigio en el Ejército era la mejor garantía de la unión de esta benemérita clase con el pueblo, y porque su decisión por los principios republicanos le hacen el más firme apoyo de ese sistema contra los pérfidos planes del partido monarquista.

Hoy comienzo á cumplir con el anunciado programa, publicando la convocatoria de 1823, sin otras variaciones que las que exige la diversidad de épocas y nombrés, ni más adiciones que las que se comprenden en los tres últimos artículos, y cuya necesidad es notoria. Venga, pues, la Nación á constituirse con absoluta libertad, y entren los partidos enhorabuena en la lucha legal, en la lucha que forma la esencia del sistema representativo. No será ya la oligarquía ni el poder de un hombre el que decida de nuestra futura suerte: si el resultado de las elecciones desagrada á una facción, no tendrá derecho de quejarse, porque ha sido invitada á obrar, y la constitución que se forme será indudablemente legítima.

Entretanto, es indispensable la cesación de los pactos anteriores, porque todos tienen, ó la nota de nulidad, ó la repugnancia de una parte de la sociedad; pero las leyes



comunes vigentes, y las que el Gobierno Provisional se propone publicar, llenarán de alguna manera ese vacío que exige la situación. Nuestra alianza con las naciones extranjeras no se alterará en nada, porque fiel á los tratados, el Gobierno guardará á los dignos Representantes de los pueblos amigos, así como á sus ciudadanos, todos los fueros y consideraciones que el deber y la armonía exigen. La religión que profesamos nada tiene que temer; la propiedad será respetada, las garantías individuales guardadas. Franqueza, lealtad, probidad y decisión absoluta por los principios republicanos, son las bases de mi conducta: sólo os pido, compatriotas, confianza en mis intenciones, y eficaz ayuda para sostener la guerra á que el honor y el deber nos obligan. Nuestros soldados, defendiendo en la frontera la independencia nacional, y el pueblo afirmando por medio de sus Representantes la libertad civil, y organizando definitivamente la República, harán que el movimiento del día 4 de Agosto de 1846, no sea una revuelta, sino una revolución.

México, Agosto 6 de 1846.—*José Mariano de Salas.*

#### EL GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO LIBERTADOR REPUBLICANO, A LOS HABITANTES DE LA CAPITAL.

Conciudadanos: Se os tenía en nada: se trataba de disponer de vosotros sin vuestra cooperación: los sacrificios por la patria se os exigían, y sin embargo érais excluidos hasta del placer de morir por ella. Era preciso que tamaña usurpación excitara nuestro pundonor. Unidos al Ejército, habéis reconquistado el derecho de servir á la Nación, de defenderla de sus enemigos.

Conciudadanos: Nuestra moderación, el orden admirable que ha reinado en medio de vuestro entusiasmo en esta vez, demostrará al mundo que habéis nacido para ser republicanos. Recibid mis más sinceros agradecimientos en nombre de la patria. ¡Cuánto me complace y me honro en pertenecer al pueblo, como siempre he pertenecido, por mis principios y mis hábitos, y á un pueblo como vosotros, de quien no se puede dejar de ser amigo, como lo es vuestro.—*J. Mariano de Salas.*

Palacio Nacional de México, á 6 de Agosto de 1846.

#### EL GENERAL EN JEFE AL EJERCITO LIBERTADOR REPUBLICANO.

¡Soldados! El peligro de la patria ha pasado á ser una realidad. Con pretexto de salvarla se os había calumniado. Se os juzgaba inútiles para vencer al enemigo exterior, incapaces de uniros á la Nación para defenderla. Es preciso mostrar al mundo que esta es una infame calumnia y lo haréis.

Cerca de dos años ha que el enemigo exterior no se atrevía á recurrir á la fuerza para sostener su usurpación; pero se os quiso presentar á los ojos de vuestra patria como indiferentes al peligro, quizá como cobardes, y en vez de dirigiros á la frontera,

se os pretendía emplear sólo en sofocar la voz pública, en que sirviérais de apoyo á un monarca extranjero.

¡Soldados! Es preciso que voléis á reconquistar la fama de valientes y patriotas. Ha sido preciso que una revolución se cumpla para que os mostréis tales como sois. Esta revolución ha comenzado en México; es preciso ir á terminarla batiendo á los invasores.

Para esto habéis proclamado la libertad en unión del pueblo. Sed lo que debéis ser: mexicanos armados al frente del enemigo exterior, y á vuestra vuelta, que será muy pronta, vuestros hermanos os saludarán como á los defensores del honor de la patria.

Ella reúne hoy en su gratitud á los valientes con que comenzásteis el movimiento en la Ciudadela, á los ciudadanos que armados cooperaron al triunfo con admirable ardor, y á los militares que fieles al Poder existente, reservásteis para el ara de la patria vuestros sacrificios.

La Nación reconocida os saluda por mi voz como á sus buenos hijos. Recibid este testimonio de admiración y afecto de vuestro jefe y amigo.—*J. Mariano de Salas.*

Palacio Nacional de México, á 6 de Agosto de 1846.

#### EL GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO LIBERTADOR REPUBLICANO, EN EJERCICIO DEL SUPREMO PODER EJECUTIVO, A LA NACION.

Conciudadanos: Un nuevo insulto, un nuevo atentado acaba de cometerse: los Estados Unidos, que tan villanamente nos han robado á Texas, se han apoderado á mano armada de las Californias, de ese país virgen cuyo inmenso precio no han conocido los Gobiernos que me han precedido. Así ha consumado esa Nación pérfida la más infame usurpación, y así pretende llevar por todo el continente la esclavitud, que tanto degrada á los principios políticos que se presentan como modelo.

Este atentado, que es un nuevo cargo contra la Administración de Enero, acaba de probar al mundo la justicia de una guerra en que defendemos una cuestión de vida ó de muerte para la República; porque si algunos han podido dudar de las intenciones y de los futuros planes de la unión americana, hoy es una realidad el peligro á que se halla expuesta nuestra independencia. El Gobierno, en cuatro días, había ya arreglado la comisión que durante un año había permanecido ociosa en esta capital; y los apoderados de Californias, en unión de los del Gobierno, marcharán dentro de dos días para terminar las diferencias que entre aquel Departamento y las anteriores administraciones se habían suscitado, á causa del criminal abandono con que se vieron las quejas de aquellos infelices habitantes. Si esas diferencias terminan, como fundadamente espera el Gobierno, el crimen de los Estados Unidos será muy pronto castigado; y, entretanto, se preparan todos los elementos necesarios para que nuestras tropas hagan respetar en Californias el pabellón nacional.

No vanas promesas, sino hechos incontrovertibles, serán de hoy en adelante la prueba de que el Gobierno conoce la inmensa importancia de Californias, cuyos hijos no serán considerados como extraños, cual lo han sido hasta cierto punto. El Gobier-



no confía en el patriotismo del pueblo y del Ejército, para que uniéndose más y más cada día, le auxilien en la defensa de aquella preciosa parte de nuestro territorio; y como su conducta en los ocho días que lleva de existencia, es un testimonio auténtico de que sabe cumplir sus promesas, se cree con derecho para esperar la eficaz cooperación de todos los ciudadanos.

Californios: La revolución que acaba de consumarse, en nada se parece á las anteriores, que ninguna mejora han producido en nuestra suerte. El Gobierno está resuelto á no perdonar sacrificio de ningún género, para defenderos de la invasión, y espera de vosotros el empeño más decidido para secundar sus intenciones. Confíad en él como yo confío en vosotros, y esta sincera unión será, no lo dudéis, la mejor arma que podemos emplear contra nuestros inicuos enemigos. Todos los recursos de México se emplearán en vuestra defensa, porque México sabe lo que valéis, y tiene orgullo en llamaros sus hijos. ¡Viva la Independencia, viva la República!

México, Agosto 15 de 1846.—*José Mariano de Salas.*

**EL GENERAL ENCARGADO DEL SUPREMO PODER EJECUTIVO DE LA NACION,  
A LOS HABITANTES DEL DISTRITO.**

Conciudadanos: La alarma que se ha ofrecido ahora en esta capital, no tiene más origen que algunas falsas especies vertidas en el público por cualquiera genio inquieto ó enemigo de los intereses nacionales. Yo lo aseguro así bajo mi palabra de honor, que nunca se ha manchado con una mentira; así como que el Gobierno vela incesantemente por la conservación del orden y de las garantías. Esto supuesto, todos mis conciudadanos deben descansar en el cuidado y celo de las autoridades, y entregarse confiados al desempeño de sus respectivas obligaciones, persuadidos de mi decisión para llevar á efecto el programa del último movimiento político, que no es otro que el de defender la independencia, conservar la libertad, y unir, con tan interesantes objetos, á todos los buenos mexicanos.

Palacio Nacional, Octubre 14 de 1846.—*José Mariano de Salas.*

**EL GENERAL ENCARGADO DEL SUPREMO PODER EJECUTIVO DE LA NACION,  
A LOS HABITANTES DEL DISTRITO.**

Conciudadanos: Los implacables enemigos del reposo público no cesan un instante en sus pérfidas maquinaciones, porque no quieren que tengamos patria. Los agentes de los malvados hicieron correr anoche la voz de que querían deponerme del mando, y algunos incidentes que parecía hacer probable esta idea, me hicieron tomar varias precauciones, no para salvar mi persona, que en nada aprecio, cuando se trata de servir á la causa de la Independencia y de la Libertad; no para conservarme en un poder tan espinoso como difícil, especialmente en las actuales circunstancias, sino por evitar la

anarquía é impedir que nuestra desunión pudiese facilitar un tiempo á los inicuos invasores de la República.

Amigos míos: Tengo el grato placer de anunciaros que nada hay que temer. Confíad en mí como en vuestro padre, porque el Gobierno no es más que el padre de una gran familia. No os he de hacer una traición: todos mis esfuerzos tienden á mantener el orden interior, á llevar adelante la guerra con nuestros injustos vecinos los norteamericanos; en fin, á desarrollar completamente el programa del 4 de Agosto, y todo lo obtendré, porque cuento con la eficaz cooperación, con la sincera unión de todos mis hijos, de todos mis amigos, de todos los buenos mexicanos.

Palacio del Gobierno Federal en México, á 19 de Octubre de 1846.—*José Mariano de Salas.*

**MANIFIESTO DEL GENERAL JOSE MARIANO DE SALAS, A LA NACION.**

Si la noche del 6 de Agosto del presente año, al ocupar el Palacio Nacional, hubiese yo encontrado allí la legitimidad, un vestigio, un simulacro siquiera de autoridad emanada del pueblo, en dos días habría terminado la misión que me impuse como General en Jefe de las fuerzas que se pronunciaron por reivindicar los derechos de la Nación. Si por una suposición feliz, hubiesen sido ya nombrados los representantes de los Estados de la federación, y hubiesen estado residiendo en la capital, pero á quienes la tiranía no hubiese dejado reunir al derrocar aquella y dar á ellos las manos para subir al trono nacional, deponiendo en sus gradas una autoridad de dos días, y sólo ejercida para proclamar la independencia y soberanía de la Nación, mis conciudadanos, sin discrepancia de uno solo, habrían reconocido que había hecho una obra meritoria y que había cumplido como buen mexicano. Mas no había nadie que con apariencia de legalidad pudiese tomar aquel título, cuando puntualmente el sacudimiento de la Nación había tenido por objeto nombrar ella misma sus funcionarios, y cortar, si era posible, para de una vez, la abusiva serie de tantas usurpaciones: reconocer en nada á cualquiera de las autoridades que existían y entregar el mando á alguna de ellas, habría equivalido á desnaturalizar la santa insurrección del pueblo contra los que le vendían á sus enemigos y le negaban hasta sus derechos; habría equivalido á contrariar la revolución; habría sido cometer una traición más proditoria que las que habían causado su levantamiento, pues que era tomando su nombre y afectando defenderle: y no siendo, ni pudiendo ser su voluntad, exponerse á la anarquía por falta de un centro de unión, aquel sería su representante que tomase su bandera y lo condujese á la consumación de su obra. Opuesto, por carácter, á todo fausto y á investirme de la autoridad suprema, veía yo, además, que si aquel título era glorioso, era mucho más funesto. Yo habría querido que mi tarea hubiese estado reducida á las medidas y á los peligros que exigía el triunfo de las armas, porque jamás el descontento de la ambición no satisfecha, habría tratado de empañar en el gobernante la gloria del caudillo de una revolución tan popular como justa y necesaria. No fué así. Y cuando más era de preverse el porvenir, no cabía en lo posible impedir el curso de los acontecimientos.

Mi primera firma como gobernante, fué empleada en llamar á la Nación. No obstante que el trabajo era complejo, aunque no fuese más que para adaptar á las nuevas